



# LAS CLAVES DEL VATICANO (1)

PETER NICHOLS (\*)

**N**UNCA el Vaticano había dado tal impresión de pequeñez: pequeñez, no en el sentido de insignificancia, sino —valga el símil— en el de un traje que, por habernos quedado estrecho, apenas permite que nos abrochemos el botón del centro.

Este efecto lo provoca, en parte al menos, un Papa vigoroso. La atmósfera del Vaticano responde siempre al carácter de quien lo gobierna. Ningún Papa de este siglo ha tenido la energía física y mental de Juan Pablo II, y esta sensación de refrescante impulso se deja sentir en los largos corredores del palacio papal,

en las plazas, los jardines, los despachos y las tiendas del pequeño Estado pontificio, dando un vuelco total a la languidez que caracterizó a los largos años marcados por la decadencia física de Pablo VI. Es tal la sensación de energía que, en cambio, emana del Papa actual, que uno tiene la impresión de que cualquier decorado le queda pequeño, y que sólo se siente a sus anchas cuando está en las montañas, esquiando. Domina sin esfuerzo la escena y está claro que se siente feliz de poseer esa cualidad. No se limita a llenar con su presencia un lugar —un templo o

una sala de audiencia—, como no se limita tampoco a ocupar el puesto para el que fue elegido; da la impresión de estirar al máximo el espacio disponible.

Ocurre además que el Vaticano nos desorienta fácilmente por sus dimensiones. San Pedro es el mayor templo de la cristiandad, y, sin embargo, el Estado pontificio es el más pequeño del mundo: 0,44 kilómetros cuadrados. El Principado de Mónaco es tres veces y media mayor que los dominios papales, mientras que Liechtenstein es trescientas veces superior en extensión. Al mismo tiempo, el Vaticano es el centro

de la mayor comunidad religiosa del mundo, de una población que casi equivale a la de China. Grande o pequeño, el Vaticano ha demostrado seguir ejerciendo una fascinación extraordinaria que no se circunscribe al mundo católico.

La realidad física del Vaticano está en Roma, debido a una serie de circunstancias que son una mezcla de historia, de fe y de ciertas hipótesis. Lógicamente, el centro principal de la fe cristiana (supuesta la necesidad de la exis-

(\*) Corresponsal de *The Times* en el Vaticano.

tencia de tal centro) debería ser Jerusalén.

Allí tuvo lugar el dramático final del ministerio de Jesús en un clima de cumplimiento de las escrituras judías, impregnadas de la presencia y la significación de la ciudad. Sin embargo, Roma estaba por aquel entonces representada en Jerusalén por Poncio Pilatos, como si ya desde el principio se hubiese querido reivindicar su presencia. Una y otra ciudad inspiran idéntico pavor y respeto. Roma, por supuesto, es mucho mayor; más caótica, víctima de un crecimiento anárquico y desmesurado. A un nivel mucho más modesto, Jerusalén está sufriendo las consecuencias de la imposición por parte de las autoridades israelíes de un innoble plan de construcciones destinado a atraer a nuevos inmigrantes. Parece como si aquellas no hubiesen tenido en cuenta para nada los problemas que, como demuestra la experiencia, siguen inevitablemente a toda expansión urbana rápida.

Roma continúa impregnada de su papel posterior como ciudad de los Papas. Hay por todas partes huellas de ese pasado, sobre todo en la vieja ciudad: desde los macizos monumentos hasta las inscripciones en las paredes estableciendo multas para aquellos ciudadanos que violasen las reglas impuestas por el prelado al cargo de la Policía de las calles. La mayoría de los elementos físicos de este centro principal de la cristiandad se apiñan en el pequeño y amurallado enclave del interior de Roma, en la margen derecha del Tíber, que es lo que quiere significar generalmente el vulgo cuando habla del Vaticano. El viejo vínculo con la gran ciudad es fuerte, sobre todo debido a que los Papas conservan la que es en teoría su función crucial: la de ser obispos de Roma, aunque sea en una Roma, como es ahora el caso, bajo administración comunista.

En la época clásica, el Vaticano tenía una mala reputación. El área conocida como vaticanum era mucho mayor que el Vaticano actual; comenzaba en el Monte Mario y continuaba Tíber abajo hasta la colina del Janículo. Aparte de las tierras bajas a lo largo del río, consistían también en ciertos terrenos montañosos, con algunas pequeñas aldeas, que databan de tiempos etruscos y estaban habitadas por granjeros y alfareros. El Tíber se des-

bordaba con frecuencia y anegaba la llanura, de forma que toda esa zona era pantanosa y se consideraba poco saludable. Dice Tácito que la epidemia que diezmo al ejército de Vitelio, rival de Vespasiano, se produjo por haber acampado aquél "en el área infame del Vaticano". Por su parte, Marcial escribió que el vino extraído de las uvas vaticanas sabía a vinagre. Mucho ha cambiado desde entonces, pero permanece una característica: el subsuelo traicionero; tanto que cuando el gran ingeniero Nervi construía la nueva sala de audiencias para Pablo VI, tuvo dificultades para encontrar el firme necesario para sostener la estructura.

El Vaticano creció en importancia social bajo el Imperio. La madre de Calígula, Agripina, se construyó allí una villa, y otros siguieron su ejemplo. Su hijo mandó construir allí su circo, en cuyo centro figuraba el obelisco que se había traído de Egipto. Aquel obelisco es el mismo que hoy se levanta en el centro de la plaza de San Pedro, a donde fue trasladado en el siglo XVI con dificultades parecidas a las que encontraron los ingenieros romanos para llevarlo hasta allí desde Egipto. A los obreros encargados de erigirlo se les amenazó con la pena de muerte si el obelisco sufría algún desperfecto durante la operación. Nerón amplió el circo y lo dedicó a matanzas de cristianos.

En esta área insalubre y en un

**La atmósfera del Vaticano responde siempre al carácter de quien lo gobierna.**

ambiente amargado por la violencia y los vinos agrios, el Vaticano adquirió su nueva connotación como máximo lugar sagrado fuera del Santo Sepulcro de Jerusalén. Un buen indicativo de este cambio lo encontramos en el hecho de que Constantino, el primer Emperador que adoptó la fe cristiana, plantease a sus ingenieros complejas ecuaciones tendientes a la construcción de una basílica en un lugar considerado como especialmente significativo para los cristianos. Las excavaciones bajo el altar mayor de la actual basílica de San Pedro han mostrado que Constantino escogió una colina empinada en lugar de terreno llano y tuvo que hacer un desmonte de muchas tonela-

das de tierra, así como añadir tres muros de contención para mantener la estabilidad. Tuvo también que profanar sepulturas porque aquel lugar seguía utilizándose como cementerio. De todo lo cual sólo cabe deducir que a comienzos del siglo cuarto, aquella zona tenía densas connotaciones de lugar sagrado.

Lugar tan sagrado había de ser defendido. En el año 846, una partida de piratas sarracenos saquearon San Pedro, y seis años más tarde se construyó la



## LAS CLAVES DEL VATICANO

primera muralla protectora. Los Papas siguientes ampliaron el área amurallada hasta que, en el siglo XVII, ésta coincidió aproximadamente con la actual. Sin embargo, el Vaticano no fue sede papal durante todo ese período. Los primeros Papas vivieron en el palacio Laterano, y sólo después de 1377, cuando Gregorio XI volvió a trasladar allí el papado desde Avignon (a donde lo habían llevado en 1305), el Vaticano se convirtió no sólo en centro administrativo y residencia papal, sino también en el lugar sacro más significativo de toda la Iglesia.

Los trabajos para la sustitución de la basílica de Constantino se iniciaron en 1455, y puede decirse que no se completaron has-

pués de perder Roma— es un rincón en la Tierra donde poder ser dueño y señor. Mientras no tenga ese rincón propio, no podrá ejercer plenamente sus funciones espirituales". Este es el principal argumento a favor de la existencia del Estado más pequeño de la Tierra.

Como todo el mundo sabe, el Vaticano tiene bandera y servicio de correos propios (que, por cierto, funcionan mucho mejor que los de la República Italiana). Tiene también sus Tribunales, su estación de ferrocarril, que enlaza con el sistema italiano, una emisora de radio, un periódico, una farmacia, una gasolinera, en la que el precio del combustible es sólo tres quintos del que rige en las estaciones de servicio ita-

La Ciudad del Vaticano goza de reconocimiento como Estado independiente, es neutral e inviolable, pero está sujeta a la Sede Papal, en función de la cual existe. He aquí cómo una situación legal aparentemente complicada se expresa en un documento internacional; el ejemplo está extraído del preámbulo del acuerdo entre la Santa Sede y la Agencia Internacional de Energía Atómica en torno a la no-proliferación de armas nucleares: "... como quiera que, además, la Santa Sede goza de exclusiva soberanía y jurisdicción sobre el Estado de la Ciudad del Vaticano, del que es soberano el Romano Pontífice... por ello, la Santa Sede, actuando en nombre y en beneficio del Estado de la Ciudad del Vati-

tarse a un gobierno autocrático. El Vaticano, que en este sentido significa la Curia o el gobierno central de la Iglesia romana, tiene en la práctica (aunque no en teoría) dos divisiones de trabajo. La primera división se compone de la Secretaría de Estado y la Congregación para Asuntos Públicos de la Iglesia; ambos departamentos se encuentran en el tercer piso del Palacio Apostólico, cerca de las habitaciones privadas del Papa. La Secretaría es la oficina privada del Papa y supervisa la labor de casi todo el resto de la Curia. La Congregación para Asuntos Públicos se ocupa de lo que un Estado seglar llamaría los asuntos exteriores, término este que no se emplea, sin embargo, en el Vaticano. La Congre-



El Papa Pío XII, con el entonces cardenal secretario de Estado, Montini, que le sucedería con el nombre de Pablo VI.



Juan XXIII, recién coronado Papa, imparte su primera bendición "urbi et orbi", el 4 de noviembre de 1958.

ta el siglo XVI, después de que Carlo Maderno le añadiera su complicada fachada, y Bernini, las famosas columnatas que flanquean la plaza. Completar el actual Estado Vaticano llevó mucho más tiempo. Los Papas eran ya soberanos de un Estado en la alta Edad Media, pero perdieron sus posiciones, incluida la propia Roma, en 1870, a raíz de la unificación de Italia. Sólo en 1929 se firmó una serie de tratados y acuerdos que establecían la soberanía del Estado de la Ciudad del Vaticano con el Papa como soberano absoluto e igualmente libre para realizar sus deberes espirituales como cabeza suprema de la Iglesia católica.

Esta área amurallada, con sus tres entradas vigiladas por la Guardia Suiza, es algo así como un pedestal. "Todo lo que deseo —declaró Pío IX en 1871, des-

lianas (aunque su uso está limitado a los empleados del Vaticano), dos tiendas de alimentación, prendas de vestir y artículos domésticos libres de impuestos, como el tabaco. El Vaticano acuña moneda e imprime sellos que le reportan unos ingresos anuales de 213 millones de pesetas. El Estado tiene unos 730 habitantes, de los que menos de 400 disponen de la ciudadanía vaticana. Esta va aparejada al desempeño de determinados empleos. Nadie nace ciudadano de ese Estado, sino que adquiere la ciudadanía al ocupar ciertos cargos y la pierde generalmente en cuanto cesa en su empleo. Los súbditos del Vaticano no pagan impuestos sobre lo que ganan y viven en un Estado en el que todo es propiedad estatal: en el centro del catolicismo no hay lugar para la empresa privada.

cano, y la Agencia, han acordado lo siguiente...".

El gobierno de la Ciudad del Vaticano es naturalmente muy sencillo en comparación con el gobierno de la Iglesia. No hay pretensión de democracia en el Estado papal; el propio Papa disfruta de total autoridad legislativa, judicial y ejecutiva, pero la traslada a un comité de siete cardenales nombrados por cinco años. La Comisión se reúne aproximadamente una vez al mes y sus decisiones son ejecutadas por un equipo de seculares, dirigido por el "delegado especial", que es, en este momento, el marqués Giulio Sacchetti, miembro de una destacada familia de la nobleza papal.

El gobierno de la Iglesia, o Curia romana, es una obra maestra de flexibilidad. Básicamente, su estructura está ideada para ajus-

gación se ocupa de Gobiernos, concordatos y las comunicaciones que llegan del Cuerpo Diplomático papal. Está parcialmente incorporada a la Secretaría de Estado en el sentido de que utiliza ciertas instalaciones de la Secretaría, como el Departamento de Personal, y también se vale de sus intérpretes. La Secretaría y la Congregación están presididas por el cardenal-secretario de Estado, el prelado que sigue inmediatamente al Papa en la escala jerárquica.

Bajo el cardenal-secretario hay dos oficiales que se encargan diariamente de todo tipo de trámites y negocios. El principal ejecutivo de la Secretaría de Estado es conocido como el sustituto, o subsecretario. Se trata de un cargo cuya importancia, como suele ocurrir en el Vaticano, depende en buena medida de la personali-

dad de quien lo ocupa. Durante la mayor parte del reinado de Pablo VI, el sustituto fue monseñor Giovanni Benelli, ahora cardenal arzobispo de Florencia. Con su tremenda capacidad de trabajo y su auténtica dedicación a Pablo VI, Benelli era con mucho la figura dominante en el gobierno de la Iglesia, hasta el punto de eclipsar a su superior, el cardenal francés Villot (que seguramente tiene el record de permanencia en el puesto de secretario de Estado, ya que ha servido a tres Papas: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II). Esta situación hegemónica fue una de las razones por las que, algo más de un año antes de morir, Pablo VI despidió a su fiel servidor para preparar otro futuro para él y tranquilizar de ese modo a sus oponentes. Benelli fue sucedido en su cargo por monseñor Giuseppe Caprio, que tiene un carácter totalmente distinto. El mismo dice no ser muy buen administrador, aunque lo es de hecho, pero no goza ni pretende gozar de la misma autoridad que Benelli, especialmente porque no tiene ningún lazo especial con el actual Papa y estuvo ausente de Roma durante casi todo el Concilio Vaticano.

También en el tercer piso del Palacio está la Congregación para Asuntos Públicos, que tiene al frente al notable monseñor Agostino Casaroli, conocido sobre todo por sus negociaciones con los países socialistas, aspecto este que ha cobrado mayor importancia a raíz de la elección de un Papa procedente de un país del Este. Es una parte vital de los asuntos vaticanos, aunque todavía objeto de fuerte polémica. El inteligentísimo Casaroli basa sus actividades en la Europa Oriental en dos consideraciones: la Iglesia católica necesita la máxima libertad posible para llevar a cabo su misión. Las cosas eran mucho más simples cuando Roma era totalmente anticomunista y se negaba a tratar con el Este, pero ahora las ganancias se miden por las cotas de libertad para operar que el Vaticano consigue poco a poco en aquella zona del mundo. El Vaticano sigue siendo anticomunista en el sentido de que no acepta la imposición de un enfoque de la vida exclusivamente ateo. Bajo Casaroli se han realizado esfuerzos tendientes a conseguir de los po-



La Guardia Suiza del Vaticano.

deres temporales que no rehúsen a sus súbditos la posibilidad de la fe y que permitan, por el contrario, a la Iglesia llevar a cabo sin ningún tipo de hostigamientos su misión. Es este un terreno muy resbaladizo, y Casaroli es el primero en admitirlo. Acepta y estudia seriamente las críticas que se le dirigen en el sentido de que llega muchas veces a compromisos con el Este sin suficientes garantías. Piensa, sin embargo, que lo que hace es importante para la posición de la Iglesia romana en los países socialistas y puede ganar en importancia en el futuro.

El cardenal-secretario, el sustituto y el secretario del Consejo para Asuntos Públicos son los consejeros a quienes el Papa ve con más frecuencia (\*). Todos ellos tratan igualmente con el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. Hay más de ochenta misiones representadas ante el Vaticano, aunque no todas están en Roma. Algunos de los países más pequeños se sirven de un embajador destacado en otras capitales para que los represente en el Vaticano. Alguna de las grandes potencias tie-

(\*) El 2 de julio de 1978, el cardenal Casaroli era nombrado secretario de Estado —en sustitución del fallecido cardenal Villot—, así como prefecto del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia y presidente de la Pontificia Comisión para el Estado de la Ciudad del Vaticano.

Como ya el lector habrá advertido, el presente trabajo fue escrito antes de estos nombramientos, circunstancia que, sin embargo no disminuye el valor ni la calidad del mismo.

nen representación limitada; los Estados Unidos, por ejemplo, carecen de embajador, pero tienen encomendada la misión de representarlos a un enviado presidencial que cuenta con el apoyo de una pequeña aunque eficaz oficina permanente en Roma. Los británicos tienen un ministro en lugar de un embajador, lo que en términos de protocolo los sitúa al mismo nivel que Mónaco. En ambos casos, la explicación hay que buscarla en la política interior. Hubo un tiempo en que cualquier intercambio con el Vaticano a nivel de embajadores significaba tener un nuncio papal en la capital del país en cuestión que podría reclamar, como un derecho histórico, el decanato del Cuerpo Diplomático. El Vaticano ha flexibilizado esta práctica creando el cargo de pro-nuncio, lo que significa que el nivel de las relaciones diplomáticas es el de embajadores, pero que el pro-nuncio no reclama el derecho de presidir el Cuerpo Diplomático en el país ante cuyo Gobierno está acreditado.

Sería erróneo decir que otros departamentos están por debajo de la Secretaría de Estado y la Congregación, ya que la estructura vaticana no funciona así. También sería equivocado no admitir que en la práctica las cosas suceden de ese modo.

En los últimos años se tiende en el Vaticano hacia una mayor centralización. De esa forma ha ganado en autoridad la Secretaría de Estado, a la que se ha do-

tado de una función supervisora sobre otros departamentos debido a su más estrecha relación con el Pontífice. Hay, sin embargo, otros órganos importantes de gobierno: las Sagradas Congregaciones que, en términos seculares, podrían considerarse Ministerios. El más importante y el primero en cambiar de nombre tras el Concilio Vaticano es el antiguo Santo Oficio, instituido en plena cruzada antiprotestante en 1532 y al que ahora se conoce como la Congregación para la Doctrina de la Fe. Su campo de actuación son la fe y la moral y, pese a la reforma a que ha sido sometida, no puede decirse que haya perdido todas las connotaciones del Santo Oficio o Inquisición. Pablo VI propició una mayor apertura al establecer, en abril de 1969, una Comisión Teológica Internacional bajo los auspicios de la Congregación, formada por 30 teólogos representativos a nivel internacional.

Las restantes Sagradas Congregaciones se describen por sí mismas. La Congregación para los Obispos se ocupa fundamentalmente de los nombramientos episcopales y los límites diocesanos. La Sagrada Congregación para las Iglesias Orientales es el centro principal para las relaciones con las iglesias de rito oriental en comunión con Roma. La Sagrada Congregación para los Clérigos idea métodos para hacer más eficaz el ministerio pastoral. También parece estar al cuidado del patrimonio artístico de la Iglesia. La Sagrada Congregación para los Religiosos e Instituciones Seculares se ocupa de casi todos los aspectos de la vida de los miembros de las órdenes religiosas. La Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos se ocupa de las misiones y de aquellas zonas del mundo donde no se ha establecido una jerarquía adecuada. La Sagrada Congregación para el Culto Divino se ocupa de asuntos litúrgicos en las iglesias que siguen el rito latino. La Sagrada Congregación para las Causas de los Santos se ocupa de los procesos de beatificación y canonización. La Sagrada Congregación para la Enseñanza Católica es responsable de los seminarios así como de las escuelas y Universidades reconocidas como específicamente católicas. ■ © 1978, by Peter Nichols. (Concluye en el número siguiente.)